

Octavio Campero Echazú:

La sensual claridad



Cuarta y última parte

Por la naturaleza de las vivencias que desean expresar, ciertos poetas buscan en el lenguaje las palabras y significados más claros y precisos. La realidad para ellos es descifrable en su más o menos objetiva temporalidad: sin que por eso dejen de adentrar sus claroscuros. Otros se valen de los fillos del lenguaje para penetrar en la carne viva de las realidades con la lucidez de sus vivencias. Los primeros testimonian con límpida emoción los eternos sentimientos de la condición humana, muy humana. Celebran la Vida. Los segundos nos descubren cómo es que percibieron las penumbras también eternas del Ser.

Octavio Campero Echazú, respondiendo a los fundamentos de su heredad cultural, supo, desde la primera frase que escribió solo, que pertenecía a los romanceros del puro sentimiento. En su caminar creador había bebido en los manantiales siempre frescos del Castellano; y en la maravillosa perennidad de los arcaísmos y antiguas melodías del habla de su pueblo encontró el tono de su poesía. Así, le oí decir su más querida escuela fue la asidua lectura, el goce y el aprendizaje de la artesanía y del arte mayor de los Cantares de Gesta y de los Romances medievales; la Irreverencia y el hondo sentir de Juan Ruiz, el Arcipreste; y de Gonzalo de Berceo la inocente profundidad; las Serranas del Marqués, de Santillana y las "Coplas a su amiga" del otro Marqués, el de Astorga; las Canciones de Jorge Manrique y las hermosas Eglogas de Garcilaso de la Vega. Después, me dijo, vino el arduo deleite de los versos de Góngora, Quevedo, Lope, y la tierna lucidez de fray Luis de León; para detenerse, luego, en los estremecimientos carnales y místicos de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz.

Pero no hay que olvidar que gran parte de su juventud, Octavio la vivió al fulgor de las imágenes y metáforas -de música y pura técnica- del brujo Rubén Darío; al mismo tiempo que descubría arrobado la sabiduría y la emocionalidad ascética de Antonio Machado. En plena Guerra del Chaco le fue revelada la voz de otro mago: Federico García Lorca -voz que se escucha como trasfondo inspirador de "Amancaes". Y con el poeta del Cante Jondo, vinieron asimismo las poesías de Alberti, Salinas, Diego, Guillén y otros más de la famosísima Generación Española del 27. No obstante, Octavio conoció muy superficialmente la obra del poeta más grande de esa generación y de las posteriores etapas creadoras iberoamericanas. Vicente

Aleixandre, Y, demás está decirlo, muy a menudo prefería refugiarse en la claridad y en los umbrios jardines de Juan Ramón Jiménez.

Entretanto disminuía la demencia en el Chaco, algunos jóvenes intelectuales combatientes y oficiales del Ejército manifestaron su acuerdo emocional y su adhesión mental a las teorías y proyecto que sustentaban las luchas de los bolivianos para lograr los cambios y reformas sociales, políticas y económicas que emprendían los gobernantes nacional-socialistas desde 1935, y que culminarían con aquellos más trascendentes y profundos de la Revolución de 1952. Esas ideas, de una u otra manera, ya se habían enunciado en los exámenes historiográficos y sociológicos de autores bolivianos. Esos éxitos que partieron de otros publicados en Europa finalizada la Primera guerra Mundial. Así, el vitalismo historicista, un sí no es Nietzscheano, que sustentara a todos los nacionalismos que se inspiraron en los libros de Spengler, Barré y Keyserling -los que fueron devorados literalmente por los literatos y políticos de los años veinte al treinta. Junto a la apasionada lectura de Ortega y Gasset-, fue la filosofía que mayor influjo ejerció en Iberoamérica. Le siguió, por su gravitación política, el Materialismo Dialéctico marxista -con las sucesivas emendaciones leninistas-trozkistas y stalinistas. Todas aquellas gentes vivieron embrujadas por las filosofías de la cultura y el nativismo folklórico. Antecedentes todos ellos de la escuela boliviana llamada "Mística de la Tierra" -tal vez la única de carácter filosófico en nuestra historia.

Esa Mística fue, en suma, una febril exaltación de la influencia física y espiritual, de los "telúricos". Una sublimación de las emanaciones y vibraciones de determinados sitios o estancias de connotados orígenes histórico-culturales -como Tiwanaku y otros centros arqueológicos-. En esa escuela es fácil señalar los influjos de los escritos de Franz Tamayo y los estudios geográfico-sociológicos de Jaime Mendoza, Guillermo Francovich y Fernando Díez de Medina. Pero Roberto Prudentino, que tenía más a la agudeza literaria que al rigor filosófico, tuvo el merito de ser el constante defensor y difusor de la Mística de la tierra en su revista "Kollasuyu"; como también lo hizo mi padre con sus escritos históricos revisionistas. Todo esto viene a cuenta del declarado acuerdo de Octavio Campero Echazú con muchas especulaciones de la Mística de la Tierra, algunas de las cuales le reveló Federico Ávila, y, otras, el poeta las descubrió en sus lecturas.

Octavio Campero Echazú es, pues, producto y expresión feliz del ámbito histórico de la cultura occidental de

raíces greco-latinas. Y por herencia electiva, del mundo literario de lengua española. Hay que tener en cuenta esto último para comprender el porque de su casi nula afinidad con la cultura andina, a pesar de gustarle y apreciar ciertas originalidades de su música y de la poesía quechua, y de haber admirado, con reconocida turbación, el arte arquitectónico y la escultura aymara. Esa carencia no constituyó una pérdida para su obra, y nadie que no sea un tonto de caprote podrá censurarla.

El vino nuevo trasegado por Octavio Campero Echazú procedía de odres viejos de benditas eglogas. La otra simiente del árbol de sus poemas fue la sembrada por Rubén Darío, y en su cultivo algo contribuyeron los bolivianos Tamayo, Reynolds y Freyre, ya sea en la profunidad conceptual como en los refinamientos estilísticos. El trato amoroso que Octavio mantuvo toda su vida con los creadores españoles, tuvo mucho de aquello que Goethe -cuando no- nombró "Afinidades electivas". Esas afinidades se dieron también con los poetas nacionales Oscar Cerruto, Guillermo Viscarra Fabre, Juan Capriles, Eduardo Calderón Lugones, y con la poeta Yolanda Bedregal.

Sin embargo, llama la atención que Campero Echazú no haya sentido ninguna perdurable atracción por los surrealistas europeos o americanos. Lo que explica su tibieza por Huidobro, el Neruda de los años treinta y Vallejo -aunque en puridad ninguna de ellos fue surrealista. No quiere decir eso que no comprendiera la intensidad expresa de esos renovadores de la poesía iberoamericana, sobre todo la de Vallejo. En cambio, admiró la maestría y la riqueza imaginativa de Valéry, Rilke y Eliot, especialmente la concepción existencial humanista de Rilke. Aquí debo confesar que me enorgullezco por haberle hecho conocer más profundamente al poeta de las "Elegías de Duino".

Tal vez a Campero Echazú no le complacían los retorcimientos mentales de la suprema angustia; esto es, la obscuridad de expresión propia de las vivencias de lo numinoso. Las contemplaciones místicas no es que lo desconcertaran, o no le producían goce estético alguno. El, como su poesía, era carnal y transparente; y ¿quién puede dudarlo?, de una espiritualidad muy sensual, por ello creo que le gustaba el esplendor plástico del culto católico antiguo.

Algo que me conmovió siempre en su temperamento y su obra, es esa especial sensibilidad que poseía para identificarse no solamente con la naturaleza, sino con todo aquello perteneciente a la esfera humana. Hablo de eso que el gran John Keats llamó la facultad del poeta para "encarnarse" en todo lo existente. Ya que el poeta no ha sido, no lo es, y esperemos que no lo sea, ningún antagonista del mundo. El conocimiento poético -su Saber- se da en ese vivir para expresar lo que experimentan los demás. Y ¿cómo se expresa lo experimentado por los demás? Pienso que Octavio Paz es el que mejor definió eso, cuando dijo que el poeta, el creador, en verdad no se inspira en la realidad del entorno cotidiano, sino en el lenguaje de quienes la hacen y la viven. Y esta es también la gran diferencia entre los que imitan o pretenden "reflejar" la realidad -los que caen en la oratoria y los lugares comunes-, y los que sirven al lenguaje, y en el encuentro la verdadera realidad trascendente.

Comprendamos, pues, que si un poeta escribe sobre las pasiones de las gentes o de un desdichado amor, no es que necesariamente los haya vivido y sufrido. Así se trate de un amor imposible o inasible ya en el tiempo -como aquel del hermoso film de Chaplin "Candilejas"; o, digámoslo ya, en el caso de Campero Echazú, de su bellísima "Copla" Poema que, a mi modo de ver, es una conmovedora confesión de amor a su esposa.

¿Y qué más se le puede pedir a un creador literario que, con un solo poema -como esa "Copla"-, estará siempre al lado de los grandes poetas de lengua castellana?

FIN

ÉDGAR ÁVILA ECHAZÚ,
Escritor tarjeño,
Académico de la Lengua.

